

CLASES MEDIAS (III)

LAS CLASES MEDIAS EN LA PICOTA



SALVEMOS LA CLASE MEDIA

LAS CLASES MEDIAS EN LA PICOTA

Faltan ocho meses para las elecciones autonómicas (no en todas la CC,AA,) locales y europeas, mientras el gobierno legítimo (aunque algunos lo niegan) presidido por P. Sanchez tiene que hacer de las tripas corazón para poder desarrollar necesarias reformas. Y como no podía ser de otra manera las denominadas clases medias en épocas electorales, ya estamos en precampaña, se convierten en objeto deseado para todas las fuerzas políticas. Su voto es necesario para poder acceder a gobernar, incluso en coalición. Pero las clases medias no son un todo compacto. Hoy su voto no lo tiene garantizado ningún partido, aunque las promesas son infinitas, y a posteriori se difuminan (véase el «olvido» del PP de bajada de impuestos). Mientras hoy tirios y troyanos han convertido a las clases medias en simples leyendas urbanas.

Hace exactamente un año, 26 de setiembre y 11 de octubre de 2017, publicamos dos dossier referidos explícitamente a las clases medias, el Dossier nº 805 hacía referencia a las clases medias a nivel global, y el 806 a las clases medias desde Baleares. Se puede acceder a estos dossier en a través de <http://www.gadeso.org/ca/dossiers> y posteriormente haciendo click sobre el comando «ANAR», en la parte inferior izquierda de la página, para acceder a nuestro archivo.

Ahora presentamos un tercer informe sobre las clases medias, el nº 834, titulado «Las Clases Medias en la Picota», en el cual se incluyen tres reflexiones relevantes referidas a la grave situación de las clases medias en Europa y España.

EL MALESTAR DE LAS CLASES MEDIAS

ANTÓN COSTAS. 25/03/2015

La existencia de una clase media amplia es un requisito esencial para la existencia y buen funcionamiento de la democracia. ¡Pruebe a buscar un país con un sistema democrático estable en el que no exista una amplia clase media! No lo encontrará. Allí donde no existe ese componente social, la democracia es débil e inestable y los regímenes políticos acostumbran a ser autoritarios, caudillistas o elitistas.

Una clase media activa, con capacidad para ejercer su voz frente al deterioro de las cosas, es también fundamental para el buen funcionamiento de los servicios públicos de un Estado moderno. Servicios que, como la educación, la sanidad, los seguros de desempleo o un sistema público de pensiones, son esenciales para garantizar la igualdad de oportunidades -el ascensor social- y para cubrir los riesgos de una economía de mercado, riesgos que las personas no pueden cubrir por sí mismas.

Ese vínculo entre clases medias, democracia y oportunidades apareció en Europa en el periodo de entreguerras mundiales del siglo pasado. Con anterioridad, las democracias eran censitarias, elitistas. Ancladas en sus privilegios de clase y en la acumulación de riqueza que se produjo en la época llamada gilded age o belle époque, entre 1870 y 1914, esas élites no supieron ver que la creciente desigualdad de principios del siglo XX era una amenaza para el orden político y social.

Después de la Gran Depresión de los años treinta y de la Segunda Guerra Mundial se logró crear un pegamento que reconcilió capitalismo de mercado, igualdad y democracia. La ampliación de las clases medias durante las décadas centrales del siglo pasado fue su principal resultado. Todo mejoró bajo su impulso durante esas décadas. Fueron los mejores años de nuestras vidas.

¿Cuál es, en este inicio del siglo XXI, el problema en relación con las clases medias, el capitalismo y la democracia? Que el retorno de la desigualdad a nuestras sociedades está jibarizando las clases medias.

Estamos asistiendo a una nueva gilded age de la desigualdad como la que tuvo lugar hace 100 años. Una desigualdad que está polarizando nuestras sociedades entre un reducido grupo de superricos y una creciente masa de pobres que no tiene ninguna expectativa de mejora. La influencia de los superricos en la política y, más en particular, en la política económica es muy intensa. Especialmente en Estados Unidos. Pero, a través de su ejemplo y liderazgo, también en el resto de los países europeos. De hecho, la economía está siendo gestionada por una élite superrica que gobierna en beneficio propio.

Lo ocurrido con los sistemas fiscales en las tres últimas décadas es buen ejemplo de este gobierno en beneficio propio. Han impuesto la agenda fiscal mínima y el recorte de los gastos sociales. Y han presionado para el reconocimiento legal de paraísos fiscales, hasta dentro de la propia Unión Europea.

¿Por qué nos debe preocupar esta polarización de la desigualdad? Quizá porque, como dijera el novelista norteamericano de principios del siglo pasado, Scott Fitzgerald, "los muy ricos son diferentes a usted y a mí". Tienden a comportarse como apátridas, cosmopolitas, sin ningún compromiso con el resto de la sociedad. Y a defender una meritocracia heredada.

Esa agenda fiscal mínima sobre las rentas altas y la riqueza hace descansar cada vez más la recaudación fiscal que necesitan nuestros estados en las clases medias. Vean el ejemplo de España. La nueva tributación sobre la renta de las personas físicas se centra en el rango de rentas comprendido entre 20.200 y 60.000 euros. A partir de esa cantidad, el tipo impositivo permanece constante, sea cual sea el nivel de ingresos. Me gustaría ser rico, aunque sólo fuese para pagar pocos impuestos.

Existe un creciente malestar social con la evolución de la desigualdad, los ingresos, los impuestos y la gestión de las políticas en todos los países desarrollados y emergentes. Y quienes con mayor intensidad están expresando ese malestar son las clases medias.

¿Nos debe preocupar este malestar? Pienso que sí. Entre otras razones, porque reduce la legitimación social en la que se apoya la economía de mercado y el propio sistema político vigente. Como señalé al principio, la legitimación que aportan las clases medias es esencial para el buen funcionamiento de la democracia. Parémonos en nuestro entorno más cercano. ¿Quiénes son las bases sociales que están detrás del malestar político que impulsa el independentismo catalán? De acuerdo con un clarificador artículo de la socióloga Marina Subirats ("Una utopía disponible. La Catalunya independiente", La Maleta de Portbou, número 6, 2014), las clases medias, especialmente las clases medias profesionales.

Aunque con expresiones políticas diferentes, también en el resto de España es ese malestar de las clases medias el que está emitiendo un grito de alarma. La rápida emergencia de nuevas fuerzas políticas como Podemos o Ciudadanos tiene mucho que ver con la búsqueda por las clases medias de nuevos instrumentos políticos que sean capaces de canalizar sus demandas y revertir la situación.

Hemos entrado en un largo año electoral. Uno de los grandes retos es que los partidos políticos, tanto los tradicionales como los nuevos, sean capaces de recoger ese malestar y formular un nuevo progresismo para el siglo XXI.

EL SÍNDROME DE LAS CLASES MEDIAS MENGUANTES

MILAGROS PÉREZ OLIVA. 19 JUL 2018

Los agujeros del sistema fiscal y la precariedad laboral reducen la franja de rentas medias

Clase media precaria o clase media empobrecida. Esta es la nueva categoría llamada a ocupar cada vez más espacio en las ciencias sociales. En realidad es un eufemismo para designar a quienes han sido apeados por la fuerza de lo que hace muy poco constituía el mayor grupo social de las economías avanzadas. En el caso de España define tanto a quienes han tenido la mala suerte de verse expulsados del sistema productivo por la crisis, como a las nuevas generaciones que no han podido acceder a él o si lo han hecho, ha sido en condiciones de tal precariedad que no pueden hacer proyectos de vida ni siquiera a corto plazo.

En esta nueva realidad figuran colectivos muy diferentes que tienen en común algo que los hermana: la invisibilidad. Los trabajadores de los museos de Barcelona, la mayoría de ellos licenciados y muchos con estudios de posgrado, han protagonizado en las últimas semanas una huelga que apenas ha tenido eco mediático. Atomizados, dispersos en empresas y concesiones diferentes, el esfuerzo de unirse les ha deparado un magro avance: muchos, en lugar de cobrar cinco euros por hora trabajada, a partir de ahora cobrarán siete. Como otros colectivos, estos empleados cualificados son víctimas de un sistema de externalización que ha permitido subcontratar servicios a empresas que obtienen el concurso a base de rebajar el presupuesto. Al final, tanto la rebaja, disfrazada de falsa eficiencia, como los beneficios acaban saliendo del mismo sitio: el salario de los empleados. Mientras el índice de paro sea tan alto y haya tantos jóvenes dispuestos a trabajar por menos, este sistema garantiza la reposición.

Pero todo esto, ¿adónde nos conduce? En Squeezed: Why Our Families Can't Afford America (“Exprimidos, por qué nuestras familias no pueden permitirse América”), la poeta y escritora norteamericana Alissa Quart explica que la clase media se ha reducido tanto en EE UU que ya no constituye el grupo social más amplio. El pluriempleo ha vuelto a la sociedad americana y pagar las facturas es un nuevo factor de estrés para millones de familias que han visto cómo los salarios se estancaban mientras los servicios básicos se encarecían un 30% en dos décadas. Entre los países de la OCDE, solo Estados Unidos tiene un porcentaje menor de clase media que España. La cuestión es por qué los países nórdicos han resistido mejor la crisis y han podido preservar el tamaño de sus clases medias. En casi todos ellos esta representa más del 70% de la población, cuando en España está por debajo del 60%.

La clave está en un sistema fiscal progresivo y un robusto sistema de prestaciones sociales. Es un pez que se muerde la cola. Sin extensas clases medias, es decir, sin amplias rentas medias capaces de sostener el consumo y el dinamismo económico, es difícil lograr los ingresos necesarios para sostener el Estado de bienestar; y sin Estado de bienestar es difícil mantener la redistribución económica que garantiza la pervivencia de las clases medias. Fiscalidad y legislación laboral son los dos instrumentos de intervención más importantes. De eso se hablaba, aunque no lo pareciera, cuando el presidente Pedro Sánchez anunciaba hace unos días cambios laborales para combatir la precariedad, reformas impositivas para evitar los agujeros negros del sistema impositivo o la modificación de la legislación sobre alquileres para impedir la escalada de los precios: del tamaño de las clases medias y del Estado de bienestar.

¿CREE USTED SER DE CLASE MEDIA?

LUIS AYALA.22 FEB 2018

¡Deje de mentirse a sí mismo!. El mito sociológico se ah es cada vez más pequeña y se siente asediada. Con razón: sus ingresos no han mejorado.

Si usted está leyendo esto, es probable que sea de clase media. Y se sienta preocupado cuando se habla del retroceso de la clase media, interpelado cuando los políticos hablan de la necesaria recuperación de la clase media y extrañado cuando ve que personas con ingresos muy bajos o muy altos, por motivos distintos (¿miedo a la pérdida de estatus en un caso e ignorancia en el otro?), se declaran de clase media. El problema, quizá, es que no sabemos exactamente qué significa ser de clase media.

¿Es solamente un concepto económico? Si es así, aunque hay distintas metodologías para calcular quién pertenece a ella, se pueden acotar. En España, se podrían considerar de clase media los hogares que no forman parte ni del 30 por ciento que ingresa menos ni del 30 por ciento que ingresa más. O los hogares que tienen unas rentas situadas entre el 75 por ciento y el 200 por ciento de los ingresos medianos (según el INE, el salario mediano en 2015 era de 19.466,49 euros al año). O, simplemente, los hogares que ingresan entre 20.000 y 60.000 euros anuales. De acuerdo con el segundo criterio -según un estudio que ya tiene un par de años, pero que es indicativo-, un 38,5 por ciento de los hogares españoles son de rentas bajas, un 52,3 por ciento son de rentas medias y un 9,2 por ciento son de rentas altas). Por supuesto, esto es solo una simplificación: no es lo mismo tener unos ingresos determinados para una familia de dos personas que para una de cinco; ni que una haya heredado una casa de dos millones de euros y viva en ella y que otra pague una hipoteca que consume casi la mitad de sus ingresos. Pero sirve para hacerse una idea.

'El fin del primer mundo'

Se trata de un repaso brillante, con multitud de referencias económicas, pero también políticas y de la cultura popular, de lo que le ha pasado al “primer mundo” desde la crisis financiera. Algo que Lizoain interpreta

como la crisis de un modelo político y económico global en cuyo centro se encontraba la clase media. Para Lizoain la calificación puramente estadística “no es particularmente útil” y recurre, para entender qué es la clase media, no a lo que ésta tiene, sino a sus expectativas de conseguir lo que ambiciona: “Las familias de clase media”, dice recogiendo una definición de economistas estadounidenses, “se definen más por sus aspiraciones que por sus ingresos”.

Una aspiración moral

En ese sentido, los hogares de clase media serían aquellos que creen razonable la posibilidad de tener “una vivienda en propiedad, un coche, educación universitaria para los hijos (...) y vacaciones familiares”, y en el caso de Estados Unidos, “un buen seguro médico y de jubilación”, algo en lo que quizá pronto debamos pensar aquí. Se trata de aspiraciones clásicas, que en muchos sentidos son materiales, pero que también encierran una cierta noción moral: “Esto evoca la imagen del estereotipado barrio residencial de la era de Eisenhower: lleno de cocinas modernas impecables, pulcros jardines de césped, amas de casa frustradas, vallados de lamas blancas y vecinos homogéneos; lugares donde, a pesar de que todos son superficialmente amistosos, el conformismo social se impone implacablemente. Su mito fundacional era que, a través del trabajo duro y el respeto a las normas, el camino hacia el éxito estaba abierto para todos”.

El mito fundacional de la clase media era que, gracias al trabajo duro y al respeto a las normas, el camino hacia el éxito estaba abierto

Este mito se ha roto. La clase media es cada vez más pequeña y se siente asediada. Con razón: sus ingresos no han mejorado. Pero “no son solo los ingresos estancados” lo que hace que esas aspiraciones sean cada vez más lejanas, sino que “los precios de la vivienda y la educación” han experimentado las mayores subidas, cuando la “vivienda en propiedad y llevar a los hijos a una buena universidad” son la “esencia del sueño americano”, me contó Lizoain. A pesar de este declive, añadió,

paradójicamente “el relato dominante sobre lo que está pasando en los países ricos sigue siendo un relato no de clase media, sino de clase media alta” que no entiende, por mucho que lo intente, a quienes son en realidad los más perjudicados, las clases bajas, y que tiene “una mirada estereotipada sobre la clase obrera”.

Pero además de los ingresos y las aspiraciones, ¿qué define a la clase media? ¿Es una cuestión de cultura, de costumbres, de autoimagen? (En el último CIS, un 20,9 por ciento de los encuestados se declaraba de clase alta/media alta, un 24,3 por ciento como pertenecientes a las nuevas clases medias y un 13,3 por ciento a las viejas clases medias. En parte, uno es de clase media si lo son sus padres: son los padres quienes más influyen en la educación que tendrán los niños, y son los padres quienes tienen propiedades que luego pueden legar a sus hijos. Pero además son ellos quienes transmiten algo que es en buena medida intangible y difícil de explicar (y que tiene que ver con la educación): por un lado, el capital social -las redes de contactos que en el futuro te pueden ofrecer trabajos o estatus dentro de un grupo- y, por el otro, el capital cultural: no solo los conocimientos propios de una persona culta, sino, casi por encima de eso, unos modales, unos gustos y una manera de desenvolverse que sin duda son decisivos en el lugar que acabamos ocupando socialmente.

Sin expectativas

En esta crisis hemos visto cómo esta calificación de clase media entraba en conflicto con las dos anteriores: mucha gente joven procedente de familias de clase media tiene una educación superior y costumbres y modos propios de ella, pero no dispone de sus ingresos y se ha visto obligada a renunciar a las expectativas de una vida cómoda y con propiedades. Esas personas, ¿siguen perteneciendo a la clase media? En muchos sentidos diría que sí, pero es discutible.

Desde la crisis financiera, se ha caído el mito de que la clase media tiene unos valores morales más elevados

Y seguramente no importa. Hacemos bien en buscar todas las maneras posibles de entender ese fenómeno social tan dominante en nuestra manera de ver el mundo. Pero aunque estemos obsesionados con la clase media, es probable que la clase media sea, si no una ficción, al menos sí una construcción social polisémica, que refleja los prejuicios ideológicos de cada uno, mensurable de tantas maneras que quizá ninguna sea lo suficientemente omniabarcadora, y cargada de ideas morales en conflicto. Es probable que continúe siendo preferible ser al menos de clase media (en rentas, en expectativas y en “cultura”, por así decirlo) para tener una mejor vida. Pero desde la crisis financiera, se ha caído otro de los mitos que sustentaba el prestigio de la clase media, quizá el principal: la idea de que ésta tiene unos valores morales más elevados, una conducta más recta y una mayor responsabilidad política. En muchos sentidos puede ser así: el dinero, a veces, es capaz de comprar esas cosas. Pero en los últimos años hemos descubierto que la clase media puede dejarse llevar por pasiones políticas absurdas como cualquiera otra y lanzarse en manos de proyectos colectivos que nada tienen que ver con su supuesta pasión por la estabilidad. Era una mentira que los de clase media nos habíamos contado a nosotros .

Una de las imágenes más utilizadas para representar las secuelas de la pasada crisis es la del declive de la clase media. Se trata de una cuestión relevante, al ser fundamental el devenir de este segmento de la población para la estabilidad social.

La literatura sociológica ha enfatizado el papel de las ocupaciones y el posicionamiento subjetivo en la delimitación de las clases sociales, mientras que los economistas han prestado atención, sobre todo, a los indicadores de renta. Pese a las limitaciones de este último enfoque, no parece demasiado arriesgado considerar que la población situada en la zona central de la distribución de la renta, representativa de la capacidad de gasto, ahorro y endeudamiento en una sociedad de consumo, puede ser una buena aproximación al concepto de clase media. Una propuesta

cada vez más generalizada es la que define como tal a los hogares cuya renta se sitúa entre el 75% y el 200% de la mediana.

Con la crisis, uno de cada seis hogares pasó al grupo de rentas más bajas y la recuperación no ha cambiado esta situación

Desde comienzos de los años setenta hasta la crisis reciente hubo un proceso gradual de ganancia de peso de la clase media hasta alcanzar dos tercios del total de la población, acompañado de una reducción del porcentaje del grupo de renta baja, algo más de una cuarta parte del total, y una paulatina reducción de la proporción de hogares de renta alta. En ello influyeron varios factores, como el aumento del nivel educativo, la modernización económica e institucional, la progresiva apertura al exterior, la incorporación de la mujer al mercado laboral o el aumento de las rentas salariales. Especialmente importante fue el desarrollo del sistema de impuestos y prestaciones, con una mayor incidencia de estas últimas en los grupos de renta media y baja y un efecto moderador de las rentas más altas gracias a la imposición progresiva.

La tendencia al alza de la clase media se detuvo bruscamente en la crisis. Los datos disponibles muestran un aumento del grupo de renta baja, en sus valores máximos de las cuatro últimas décadas, un incremento de casi tres puntos del grupo de renta alta y la caída del peso del grupo de renta media. Aproximadamente, uno de cada seis hogares caracterizados como clase media pasó al grupo de renta baja. El crecimiento del desempleo y la caída de los salarios, junto a la limitada capacidad protectora de las políticas redistributivas, fueron los principales determinantes de esta recomposición de la población. Una vez iniciada la recuperación económica no se advierten grandes cambios en este patrón. El marcado carácter temporal y a tiempo parcial del empleo creado no parece augurar una modificación en el corto plazo de esta distribución.

La clase media crece en los países que tienen tributos progresivos y los redistribuyen para evitar la desigualdad

Si bien este proceso de pérdida de peso de la clase media no ha sido exclusivo de España, los datos disponibles arrojan algunas singularidades respecto a otros países de nuestro entorno. Entre los principales países de la OCDE, sólo en Estados Unidos la clase media representa un porcentaje menor de población que en España, donde en términos de la renta acumulada por este estrato hay casi una distancia de 20 puntos respecto a los países nórdicos. En estos últimos países, con un alto grado de desmercantilización y una elevada intensidad redistributiva de las políticas públicas, la clase media supone cerca del 70% del total de la población. A los nórdicos, les siguen en peso de la clase media dos de los países pertenecientes al modelo continental: Francia y Alemania. El tamaño de la clase media es menor en países con sistemas de protección social menos redistributivos. Así, representa menos del 60% de la población en Italia y en España. En nuestro país, además, la crisis tuvo como consecuencia un progresivo envejecimiento de este grupo y una pérdida de peso mayor que la registrada en otros países.

¿Qué explica el diferente peso de la clase media en los países ricos? Un factor determinante, sin duda, es el diferente impacto del sistema de impuestos y prestaciones. Los trabajos que han tratado de evaluar esta contribución concluyen que cuanto más progresivo es el sistema impositivo y más generosos los programas de prestaciones, mayor es el peso de la clase media. La información disponible confirma que todos los sistemas de prestaciones e impuestos aumentan el tamaño de este estrato en los países de la OCDE, a la vez que revela que ese impacto es menor en España.

Sin un mayor acercamiento del sistema español de prestaciones e impuestos al de países de la OCDE, será difícil ver avances

Otro factor determinante es el contar o no con sistemas de relaciones laborales maduros y con sólidas estructuras de negociación colectiva. En los países con una clase media mayor, este grupo también tiene más

peso en el contexto comparado cuando el análisis se ciñe al reparto de las rentas salariales y de capital o, en otras palabras, a la distribución de la renta anterior a la intervención del sector público. La razón es la disponibilidad de más empleos y mejores salarios intermedios y una menor dispersión de estos últimos. En el otro extremo, los países anglosajones y España parten de una distribución más inequitativa de esas rentas primarias.

Cabe concluir, por tanto, que, sin un mayor acercamiento del sistema español de prestaciones e impuestos a los esquemas vigentes en los principales países de la OCDE, y sin solventar las carencias en vivienda, prestaciones familiares, garantía de ingresos y políticas activas, será difícil que la clase media alcance una mayor dimensión. Si esos avances no se producen, el riesgo es, como se pudo comprobar en la crisis, una mayor polarización social en el futuro.